

1

Tacones sobre el parqué

Ahí va la pobre, a romperse en él. Lo mismo que se rompe una ola en las rocas. Un poco de espuma y adiós. ¿No ve que ni siquiera se toma la molestia de abrirle la puerta? Sometida, más que sometida.

Y esos zapatos de tacón y esos labios rojos a sus cuarenta y cinco años, ¿para qué? Con tu categoría, hija, con tu posición y tus estudios, ¿qué te lleva a comportarte como una adolescente? Si el *aita* levantara la cabeza...

En el momento de subir al coche, Nerea dirigió la vista hacia la ventana tras cuyo visillo supuso que su madre, como de costumbre, estaría observándola. Y sí, aunque ella no pudiese verla desde la calle, Bittori la estaba mirando con pena y con el entrecejo arrugado, y hablaba a solas y susurró diciendo ahí va la pobre, de adorno de ese vanidoso a quien nunca se le ha pasado por la cabeza hacer feliz a nadie. ¿No se da cuenta de que una mujer ha de estar muy desesperada para tratar de seducir a su marido después de doce años de matrimonio? En el fondo es mejor que no hayan tenido descendencia.

Nerea agitó brevemente la mano en señal de despedida antes de meterse dentro del taxi. Su madre, en el tercer piso, oculta tras el visillo, desvió la mirada. Se veía una amplia franja de mar por encima de los tejados, el faro de la isla de Santa Clara, nubes tenues a lo lejos. La mujer del tiempo había anunciado sol. Y ella, ay, qué vieja me estoy haciendo, volvió a mirar la calle y el taxi ya se había perdido de vista.

Buscó a continuación, más allá de los tejados, más allá de la isla y de la línea azul del horizonte, y más allá de las nubes remotas y aún más allá, en el pasado perdido para siempre, escenas de la boda de su hija. Y la vio de nuevo en la catedral del Buen Pastor, vestida de blan-

co, con su ramo de flores y su excesiva felicidad, y así mirándola a la salida, tan esbelta, tan sonriente, tan guapa, le vino un mal presentimiento. De noche, cuando volvió sola a su casa, estuvo a dos dedos de sentarse ante la foto del Txato y confesarle sus temores; pero le dolía la cabeza y además el Txato, en cuestiones familiares, aún más tratándose de su hija, tenía la costumbre de ponerse sentimental. Era de lágrima fácil aquel hombre, y aunque las fotos no lloran, yo ya me entiendo.

Los tacones eran para despertarle el apetito a Quique, no precisamente el que se sacia comiendo. Toc, toc, toc, los había oído un rato antes puntear sobre el parqué. A ver si va a llenármelo de agujeros. Por la paz de casa, no se lo reprochó. Sólo iban a estar un rato. Habían venido a despedirse. Y a él, a las nueve de la mañana, ya le olía la boca a whisky o a una bebida de esas con las que comercia.

—*Ama*, ¿seguro que te las arreglarás sola?

—¿Por qué no vais en autobús al aeropuerto? El taxi de aquí a Bilbao os va a costar un dineral.

Él:

—No te preocupes por eso.

Las maletas, la incomodidad, la lentitud, alegó.

—Sí, pero vais con tiempo, ¿no?

—*Ama*, no insistas. Está decidido que iremos en taxi. Es lo más cómodo.

Quique empezaba a impacientarse.

—Es lo único cómodo.

Añadió que se iba a fumar un cigarrillo a la calle mientras habláis. Olía fuerte a perfume ese hombre. Pero la boca le huele a bebida y no son más que las nueve de la mañana. Se despidió mirándose la cara en el espejo del recibidor. Presumido. Y después, ¿autoritario, cordial pero seco?, a Nerea:

—No tardes.

Cinco minutos, le prometió. Luego resultaron quince. A solas, a su madre: que aquel viaje a Londres significaba mucho para ella.

—Me cuesta imaginar que pintes algo en las conversaciones de tu marido con los clientes. ¿O es que sin decirme nada te has puesto a trabajar en su empresa?

—En Londres voy a hacer un serio intento por salvar nuestro matrimonio.

—¿Otro intento?

—El último.

—Y esta vez, ¿cuál será la táctica? ¿Te quedarás a su lado para que no te la pegue con la primera que le salga al paso?

—*Ama*, por favor. No me lo pongas más difícil.

—Estás muy guapa. ¿Has cambiado de peluquería?

—Sigo yendo a la misma.

Nerea bajó de pronto el tono de voz. A los primeros bisbiseos su madre se volvió a mirar hacia la puerta de la vivienda, como si temiera que algún extraño las estuviese espiando. No, nada, que habían desechado la idea de adoptar un bebé. Tanto que decían. Que si un chino, un ruso, un morenito. Que si chica o chico. Nerea no había perdido la ilusión, pero Quique se había echado atrás. Él quiere un hijo propio, carne de su carne. Bittori:

—¿Le da ahora por hablar como en la Biblia?

—Se cree moderno, pero es más tradicional que el arroz con leche.

Nerea se había informado por su cuenta de los trámites para solicitar la adopción y, sí, cumplían todos los requisitos. El dinero no suponía impedimento. Estaba dispuesta a viajar hasta la otra punta del mundo y a ser por fin madre aunque no hubiese dado a luz a la criatura. Pero Quique había zanjado la conversación con brusquedad. Que no y que no.

—Un poco insensible el muchacho, ¿no crees?

—Desea un varoncito suyo, que se le parezca, que juegue algún día en la Real. Está obsesionado, *ama*. Y lo va a tener. ¡Uf, cuando se empeña en algo! No sé con quién. Con alguna que se preste. No me lo



preguntas. No tengo ni idea. Alquilará un vientre pagando lo que haya que pagar. Lo que es por mí, le ayudaría a encontrar una mujer sana que le cumpla el antojo.

—Estás chalada.

—Aún no se lo he contado. Supongo que estos días, en Londres, habrá ocasión. Lo he pensado bien. No tengo ningún derecho a exigirle que sea infeliz.

Rozaron mejillas junto a la puerta de la vivienda. Bittori: que sí, que se arreglaría sola, que buen viaje. Nerea, desde el rellano, mientras esperaba la llegada del ascensor, dijo algo sobre la mala suerte, pero que no debemos renunciar a la alegría. Después sugirió a su madre que cambiara de felpudo.

2

Octubre benigno

Antes de lo del Txato creía, pero ahora no cree. Con lo devota que fue de joven. Si hasta estuvo en un tris de profesar. Ella y aquella amiga del pueblo de la que más vale no acordarse. Las dos se aparearon del propósito a última hora, con un pie en el noviciado. Ahora todo eso de la resurrección de los muertos y la vida eterna y el Creador y el Espíritu Santo le parecen patrañas.

La irritaron mucho unas palabras del obispo haciendo como que. No se atrevió a negarle la mano a un señor tan importante. La sintió como una viscosidad. En cambio, sí lo miró a la cara para expresarle en silencio, con la luz de sus ojos, que ya no era creyente. Nada más ver al Txato en el ataúd, su fe en Dios reventó como una burbuja. Incluso lo notó físicamente.

Y, sin embargo, de vez en cuando va a misa, impulsada quizá por la fuerza de la costumbre. Se sienta en un banco de la parte posterior de la iglesia, mira las espaldas y cogotes de los asistentes, habla consigo misma. Es que en casa hay mucha soledad. Ella no es de meterse en bares ni cafeterías. ¿Compras? Las justas. Se le esfumó la coquetería, ¿otra burbuja?, que tuvo antes de lo del Txato. Y porque Nerea insiste, que, si no, llevaría las mismas prendas de vestir día tras día.

En vez de entrar en las tiendas, prefiere sentarse en la iglesia y practicar su ateísmo silencioso. Se tiene prohibidos la blasfemia y el desprecio a los feligreses allí reunidos. Mira las imágenes y dice/piensa: no. A veces lo dice/piensa meneando un poco la cabeza en señal de rechazo.

Si se celebra una misa, se queda más tiempo. Entonces se dedica a negar entre sí cuanto afirma el sacerdote. Oremos. No. Este es el cuerpo de Cristo. No. Y en ese plan todo el rato. En ocasiones, vencida por el cansancio, echa con la debida discreción una cabezada.

Salió de la iglesia de los capuchinos, en la calle Andía, con el cielo ya oscuro. Era jueves. Hacía una temperatura agradable. A media tarde había visto que el letrero luminoso de una farmacia señalaba veinte grados. Tráfico, transeúntes, palomas. Distinguió una cara conocida. Sin dudarlo, cambió de acera. El cambio brusco de dirección la obligó a adentrarse en la plaza de Guipúzcoa. La atravesó por el camino que bordea el estanque. Se entretuvo mirando los patos. Hacía tanto tiempo que no pasaba por allí. Si mal no recordaba, desde que Nerea era niña. Recordó cisnes negros que ahora no se ven. Din don din. El carillón de la Diputación la sacó de sus pensamientos.

Las ocho. Hora templada, octubre benigno. Le vinieron de pronto a la memoria las palabras que había dicho Nerea por la mañana. ¿Que cambiara el felpudo? No, que no hay que renunciar a la alegría. Bah, una chorrada que se les dice a los mayores para subirles el ánimo. No le costaba a Bittori aceptar que hacía una tarde estupenda. Para dar saltos de júbilo, ella habría necesitado otra clase de estímulo. ¿Por ejemplo? Ay, yo qué sé. Que inventaran una máquina de resucitar a los muertos y me devolvieran a mi marido. Se preguntó si después de tantos años no debería ir pensando en olvidar. ¿Olvidar? ¿Qué es eso?

Flotaba en el aire un olor como de algas y humedad marina. No hacía ni pizca de frío, no soplaba el viento y el cielo estaba despejado. Razones suficientes, se dijo, para ir a casa andando y ahorrarse el autobús. En la calle Urbietta oyó su nombre. Lo oyó claramente, pero no quiso volver la mirada. Incluso aceleró la marcha, pero de nada le sirvió. La alcanzaron por detrás unos pasos presurosos.

—Bittori, Bittori.

Aquella voz sonaba demasiado cerca como para seguir fingiendo que no la oía.

—¿Te has enterado? Dicen que lo dejan, que ya no van a atentar más.

Bittori no pudo menos de acordarse de los días en que esta misma vecina evitaba encontrarse con ella en la escalera o esperaba en la esquina de la calle, mojándose bajo la lluvia, con la bolsa de la compra entre los pies, para no coincidir las dos en el portal.

Mintió:

—Sí, me lo han dicho hace un rato.

—Qué buena noticia, ¿eh? Por fin vamos a tener paz. Ya era hora.

—Pues a ver, a ver.

—Me alegro sobre todo por los que lo habéis pasado tan mal.

Que pare todo esto de una vez y os dejen tranquilos.

—¿Que pare qué?

—Que dejen de hacer sufrir a la gente y defiendan lo suyo sin matar.

Y dado que Bittori, callada, no mostraba intención de continuar el diálogo, la vecina se despidió como acuciada por una prisa repentina.

—Me voy, que le he prometido a mi hijo salmonetes para cenar. Le gustan tanto. Si vas para casa, te acompaño.

—No, que me esperan aquí cerca.

Total, que por perder de vista a la vecina cruzó a la otra acera y se pasó un buen rato andando sin rumbo por los alrededores. Porque, claro, la sinsorga, mientras limpia los salmonetes para su hijo, que siempre me ha parecido bobo, además de cretino, si me oye llegar a casa poco después que ella, pensará: tate, no quería estar conmigo. Bittori. ¿Qué? Estás cayendo en el rencor y ya te he dicho muchas veces que. Vale, déjame en paz.

Más tarde, por el trayecto a su casa, posó una mano en el tronco áspero de un árbol y dijo para sí: gracias por tu humanidad. La posó después en la pared de un edificio y repitió la frase. Y lo mismo hizo, sin detenerse, con una papelería, un banco público, el poste de un semáforo y con otros objetos del mobiliario urbano que fue encontrando por el camino.

El portal, a oscuras. Estuvo tentada de usar el ascensor. Cuidado. El ruido podría delatarme. Decidió subir descalza los tres pisos. Aún tuvo tiempo de susurrar un último agradecimiento, pasamanos, por tu humanidad. Introdujo la llave en la cerradura con el mayor sigilo posible. ¿Qué le ve de malo Nerea a este felpudo? Yo es que no entiendo a esta criatura y creo que no la he entendido jamás.

De ahí a poco, sonó el teléfono. *Ikatza* dormitaba sobre el sofá, hecha una bola de pelo negro. Sin cambiar de postura, con los ojos entreabiertos, miró los pasos de su dueña en dirección al aparato. Bit-tori dejó que se extinguiera el sonido, reconoció el número en la pantalla y lo marcó.

Xabier, excitado. *Ama, ama*. Que encendiese el televisor.

—Ya me lo han dicho. ¿Quién? La de arriba.

—Ah, pensaba que no te habrías enterado.

Y le mandó un beso y ella se lo correspondió y no hablaron más y se despidieron. Se dijo: yo no pongo la tele. Pero al poco rato pudo más su curiosidad. Vio en la pantalla a los tres encapuchados con boina, sentados a una mesa, estética de Ku Klux Klan, mantel blanco, telas patrióticas, un micrófono, y pensó: la madre del que habla ¿reconocerá su voz? Sentía viva repugnancia por aquellas imágenes que además le estaban removiendo las tripas. Incapaz de soportarlas, apagó el televisor.

Para ella había terminado el día. ¿Qué hora era? Iban a dar las diez. Cambió el agua a la gata y se acostó antes de lo acostumbrado, sin cenar, sin abrir la revista que estaba sobre la mesilla. Puesto el camisón, se detuvo delante de la foto del Txato, en la pared del dormitorio, para decirle que:

—Mañana subiré a contártelo. No creo que te alegres; pero, en fin, es la noticia del día y tienes derecho a conocerla.

Intentó, con la luz apagada, forzar a sus ojos a verter una lágrima. Nada. Secos. Y Nerea sin llamar. Ni siquiera se había tomado la molestia de comunicarle si habían llegado a Londres. Claro, estará muy ocupada tratando de salvar su matrimonio.

3

Con el Txato en Polloe

Va para unos cuantos años que no sube a pie hasta Polloe. Por poder, podría, pero se cansa. Y no es que le importe cansarse, pero para qué, a ver, para qué. Le dan además, según los días, unos como pinchazos en el vientre. Entonces lo que Bittori hace es coger el 9, que la deja a pocos pasos de la entrada del cementerio, y al término de la visita bajar andando a la ciudad. Es que bajar ya es otra cosa.

Se apeó detrás de una señora, ellas dos las únicas pasajeras. Viernes, tranquilidad, buen tiempo. Y leyó en el arco de la entrada: PRONTO SE DIRÁ DE VOSOTROS, LO QUE SUELE AHORA DECIRSE DE NOSOTROS: ¡¡MURIERON!! Con frasecitas fúnebres a mí no me impresionan. Polvo sideral (lo había escuchado en la tele), eso somos, lo mismo si uno respira que si cría malvas. Y aunque detestaba la antipática inscripción, era incapaz de entrar en el cementerio sin pararse a leerla.

Chica, el abrigo lo podías haber dejado en casa. Le sobraba. Se lo había puesto nada más que por vestir de negro. Llevó luto durante el primer año; luego, sus hijos insistieron en que hiciese vida normal. ¿Vida normal? No tienen ni idea de lo que hablan esos dos ingenuos. Deseosa de que la dejaran tranquila, siguió el consejo. Eso no quita para que le parezca una falta de respeto caminar entre los muertos vestida de colores. Conque nada, abrió el ropero a primera hora de la mañana, buscó una prenda negra que le tapase las otras de distintos tonos azules, vio el abrigo y se lo puso, aun sabiendo que iba a pasar calor.

El Txato comparte tumba con sus abuelos maternos y una tía. La tumba, al costado de un camino en suave pendiente, forma hilera con otras similares. En la lápida figuran el nombre y los apellidos del

difunto, la fecha de su nacimiento y la del día en que lo mataron. El mote, no.

En los días previos al entierro, unos familiares de Azpeitia aconsejaron a Bittori que se abstuviera de poner en la lápida alusiones, emblemas o señales que identificasen al Txato como víctima de ETA. Así evitaría problemas.

Ella protestó:

—Oye, ya lo han matado una vez. No creo que lo vuelvan a matar.

Y no es que a Bittori se le hubiera pasado por el pensamiento hacer grabar en la lápida una explicación sobre el fallecimiento de su marido; pero basta que la quieran disuadir de una cosa para que se empeñe en ponerla en práctica.

Xabier les dio la razón a los parientes. Y sólo fueron grabados en la lápida el nombre y las fechas. Nerea, por teléfono desde Zaragoza, tuvo la osadía de proponer que falsearan la segunda. Asombro: ¿cómo?

—Se me ha ocurrido que en la tumba esté la fecha anterior o la posterior a la del atentado.

Xabier se encogió de hombros. Bittori dijo que ni hablar.

Pasados unos años, cuando le pintarrajearon la lápida a Gregorio Ordóñez, que yace a unos cien metros de la tumba del Txato, Nerea, qué inoportuna, trajo a colación aquel viejo asunto que en realidad ya tenían todos olvidado. Con la foto del periódico a la vista, a su madre:

—¿Ves como era mejor tener al *aita* un poco protegido? Mira de lo que nos hemos librado.

Entonces Bittori depositó con fuerza el tenedor encima de la mesa y dijo que se iba.

—¿Adónde vas?

—He perdido de repente el apetito.

Salió del piso de su hija, fruncida de ceño, colérica de pisadas, y Quique, al tiempo que encendía un cigarrillo, puso los ojos en blanco.

La hilera de tumbas se alarga en batería al costado del camino. Lo bueno para Bittori es que, como el borde sobresale dos palmos del suelo, ella se puede sentar sin dificultad sobre la losa. Claro, si llueve,

no. Y en todo caso, como la piedra suele estar fría (y con liquen y con la mugre inevitable de los años), ella lleva siempre en el bolso un cuadrado de plástico recortado de una bolsa del supermercado y un pañuelo de cuello para usarlos de cojín. Se sienta encima y le cuenta al Txato lo que le tenga que contar. Si hay gente cerca, le habla en pensamiento; si no hay nadie, que es lo habitual, en el tono de quien conversa.

—La hija ya está en Londres. Lo supongo, vamos, porque no ha tenido el detalle de llamarme por teléfono. ¿A ti te ha llamado? A mí, no. Como en la tele no han dicho nada de un accidente de avión, doy por hecho que los dos habrán llegado a Londres y estarán dale que te pego a ver si salvan el matrimonio.

El primer año, Bittori colocó cuatro macetas sobre la losa. Las cuidaba regularmente. Hacían bonito. Luego estuvo un tiempo sin subir al cementerio. Se le secaron las plantas. Las siguientes le duraron hasta la primera escarcha. Compró un tiesto de grandes dimensiones. Xabier cargó con él en una carretilla. Entre los dos plantaron dentro un arbolillo de boj. Una mañana apareció volcado, el tiesto roto, parte de la tierra derramada sobre la losa. Desde entonces no hay adornos sobre la tumba del Txato.

—Hablo como me apetece y nadie me lo va a impedir, tú el que menos. ¿Que si bromeo? Ya no soy como cuando vivías. Me he vuelto mala. Bueno, mala no. Fría, distante. Si resucitas, no me reconoces. Y no creas, tu hija del alma, tu preferida, tiene mucho que ver con este cambio mío. Me pone de los nervios. Igual que de niña. Con tu bendición, claro. Porque siempre la defendiste. Así me dejabas sin autoridad y nunca aprendió a respetarme.

Había un espacio de arena tres o cuatro tumbas más arriba, junto al camino asfaltado. Y Bittori se quedó mirando a una pareja de gorriones que acababa de posarse en aquel sitio. Con las alas abiertas, los pajarillos se daban un baño de arena.

—Lo otro que quería decirte es que la banda ha decidido dejar de matar. Aún no se sabe si el anuncio va en serio o se trata de un truco para ganar tiempo y rearmarse. Maten o no, a ti de poco te va a servir.

Y a mí no creas que de mucho más. Tengo una gran necesidad de saber. La he tenido siempre. Y no me van a parar. Nadie me va a parar. Los hijos tampoco. Si es que se enteran. Porque yo no les voy a decir nada. Eres el único que lo sabe. No me interrumpas. El único que sabe que voy a volver. No, a la cárcel no puedo ir. Ni siquiera sé en cuál está el malvado. Pero ellos seguro que siguen en el pueblo. Y además me pica mucho la curiosidad por ver en qué estado se encuentra nuestra casa. Tú, tranquilo, Txato, Txatito, porque Nerea está en el extranjero y Xabier, como siempre, vive para su trabajo. No se van a enterar.

Habían desaparecido los gorriones.

—Te juro que no exagero. Es una necesidad muy grande de estar por fin a buenas conmigo, de poder sentarme y decir: bien, se acabó. ¿Qué se acabó? Pues, mira, Txato, también necesito descubrir eso. Y la respuesta, si la hay, sólo puede estar en el pueblo y por eso voy a ir allí, hoy mismo por la tarde.

Se puso de pie. Plegó con cuidado el pañuelo y el cuadrado de plástico, y los guardó.

—En fin, ya te he informado. Aquí te quedas.

4

En casa de esos

Las nueve de la noche. En la cocina, la ventana abierta para que saliera a la calle el olor del pescado frito. El telediario empezó con la noticia que Miren había oído de víspera en la radio. Cese definitivo de la lucha armada. No del terrorismo como dicen esos, que mi hijo no es terrorista. Y se volvió hacia su hija:

—¿Has oído? Paran otra vez. Ya veremos hasta cuándo.

Arantxa parece que no se entera, pero lo capta todo. E hizo un leve movimiento con su cara medio ladeada, ¿o es el cuello el que está torcido?, como para expresar una opinión. Con ella uno nunca está seguro; pero por lo menos Miren tuvo la certeza de que su hija había entendido.

Con el tenedor le fue partiendo los dos trozos de merluza rebozada. Los bocados, no muy grandes para que pueda ingerirlos sin dificultad. Así lo recomienda la fisioterapeuta, que es una chica muy maja. No es vasca, pero bueno. Arantxa se tiene que esforzar. Si no, no hará progresos. Y el borde del tenedor, al chocar contra el fondo del plato, hacía un ruido enérgico, de loza enfadada, y por un momento, rota la capa del rebozado, salía de la carne blanca del pescado una nubecilla de vapor.

—A ver qué excusa se inventan ahora para no dejar libre a Joxe Mari.

Tomó asiento a la mesa, cerca de su hija, sin quitarle ojo. No se fiaba. Ya se les había atragantado en varias ocasiones. La última, en verano. Tuvieron que llamar a la ambulancia. Un escándalo de sirena

por todo el pueblo. Qué susto, Dios. Para cuando llegaron los sanitarios, ella misma se había sacado de la garganta un pedazo de solomillo así de grande.

Cuarenta y cuatro años. La mayor de tres. Luego Joxe Mari, en Puerto de Santa María I. Hasta allí abajo nos hacen ir. Cabrones. Y por último el pequeño. Ese va a lo suyo. A ese ni le vemos.

Arantxa agarró el vaso con vino blanco que le había servido su madre. Lo levantó, se lo llevó temblorosamente a la boca con la única mano que tenía disponible. La izquierda es un puño muerto. La mantenía como siempre pegada al costado, cerca de la cintura, inutilizable debido a una contracción espástica. Y le arreó un buen trago al vino, lo cual, según Joxian, es una alegría si pensamos que hasta no hace mucho Arantxa se alimentaba por una sonda.

Le resbaló algo de líquido por la barbilla, pero no importa. Miren se apresuró a limpiársela con la servilleta. Una chica tan guapa, tan sana, con tanto futuro, madre de dos criaturas, y ahora esto.

—Qué, ¿te gusta?

Arantxa sacudió la cabeza como diciendo que no le hacía mucha gracia el pescado.

—Oye, pues no es barato. Menos mimos.

En el televisor se sucedían los comentarios. Bah, políticos. Paso importante para la paz. Exigimos la disolución de la banda terrorista. Se abre un proceso. Camino a la esperanza. Fin de una pesadilla. Que entreguen las armas.

—Dejan la lucha a cambio de qué. ¿Se han olvidado de la liberación de Euskal Herria? Y los presos que se pudran en la cárcel. Cobardes. Hay que acabar lo que se empieza. ¿Te suena la voz del que ha leído el comunicado?

Arantxa masticaba despacio un trozo de merluza. Negó con la cabeza. Algo más quería decir y, alargando el brazo bueno, le pidió a su madre que le alcanzara el iPad. Miren estiró el cuello para leer en la pantalla: «Falta sal».

Joxian llegó poco después de las once de la noche con un mazo de puerros. Había pasado la tarde en la huerta. Una afición que tiene el hombre, ya jubilado. La huerta está pegada al río. Cuando el río se desborda, la última vez a principios de año, adiós huerta. Hay cosas peores, dice Joxian. Tarde o temprano el agua se retira. Él seca las herramientas, barre la cabaña, compra nuevas crías de conejo, renueva las hortalizas que no se pueden aprovechar. El manzano, la higuera y los avellanos aguantan la inundación, y eso es todo. ¿Todo? Como el río arrastra residuos industriales, después la tierra echa un olor fuerte. Él dice que a fábrica. Miren le replica que:

—A veneno. Algún día nos vamos a morir con unos dolores de tripa espantosos.

Otra afición cotidiana de Joxian es echar la partida por las tardes. Los cuatro amigos se juegan un porrón al mus. Ahí abajo, yendo a la plaza del pueblo, en el bar Pagoeta. Lo de que sólo beben un porrón entre cuatro está por ver.

Por la forma de sostener los puerros supo Miren que venía con el morro caliente. Le dijo que se le iba a poner la nariz roja como a su difunto padre. Hay una señal infalible de que ha bebido: cuando le da por rascarse el costado derecho, como si le picara en la zona del hígado. Entonces no hay duda. Pero no es que vaya por la calle haciendo esos; eso, no. Ni le pica nada. Su manía es rascarse el costado como la de otros es hacer la señal de la cruz o tocar madera.

No sabe decir que no. Ese es el problema. Sopla en el bar porque los demás también soplan. Y si uno de ellos dijera: «Hala, vamos a tirarnos de cabeza al río», Joxian iría detrás como un corderito.

En fin, llegó a casa con la boina torcida, los ojos brillantes, rascándose la camisa a la altura del hígado, y se puso sentimental.

En el comedor le dio un beso lento, cariñoso, casi un chupetón, a Arantxa en la frente. Por poco se cae encima de ella. Miren, en cambio, lo rechazó.

—Quita, quita, que hueles a taberna.

—Mujer, no seas dura.

Alargó hacia él las dos manos abiertas para mantenerlo a distancia.

—En la cocina tienes pescado. Estará frío. Te lo calientas, pues.

A la media hora, Miren lo llamó para que la ayudara a acostar a Arantxa. La levantaron de la silla de ruedas, él agarrando de un brazo, ella del otro.

—¿La tienes?

—¿Eh?

—Que si la tienes. Dime si la tienes antes de tirar los dos para arriba.

Un pie equino le impide a Arantxa caminar. A veces da unos pasos. Pocos, inseguros. Con bastón o asistida por otra persona. Andar por casa, comer sola, recuperar el habla, son las principales esperanzas de la familia a medio plazo. A largo plazo ya veremos. La fisioterapeuta les da ánimos. Es muy maja. Habla muy poco euskera, casi nada, pero en este caso no importa.

Entre el padre y la madre la pusieron de pie junto a la cama. Lo habían hecho muchas veces. Tenían práctica. Y, además, Arantxa, ¿qué pesaría por entonces? Cuarenta y tantos kilos. No más. Con lo fuer-tota que había sido en sus buenos tiempos.

Su padre la sostuvo mientras Miren retiraba hacia la pared la silla de ruedas.

—No la dejes caer.

—¡Cómo voy a dejar yo caer a mi hija!

—Tú, capaz.

—Bobadas.

Y se miraron hostiles, de mal humor, él con los dientes apretados como para retener dentro de la boca alguna palabra fea. Miren apartó la colcha y después, los dos juntos, con cuidado, despacio, ¿la tienes?, tendieron a Arantxa encima de la cama.

—Ya te puedes ir, que la voy a desnudar.

Entonces Joxian se inclinó para besar la frente de su hija. Y le dio las buenas noches. Y le dijo: «Hasta mañana, *polita*», mientras le acariciaba la mejilla con el nudillo de un dedo. Y se dirigió, rascándose el

Patria

costado, hacia la puerta. Ya casi había salido de la habitación cuando se dio la vuelta y dijo:

—Al venir del Pagoeta he visto luz en casa de esos.

En aquel momento, Miren estaba descalzando a su hija.

—Habrá ido alguien a limpiar.

—¿A limpiar a las once de la noche?

—A mí esa gente no me interesa.

—Bueno, ya te he dicho lo que he visto. Igual les da por volver al pueblo.

—Igual. Ahora que no hay lucha armada se pondrán chulitos.



5

Mudanza a oscuras

A las pocas semanas de enviudar, Bittori se fue a pasar unos días a San Sebastián. Más que nada para perder de vista la acera donde mataron a su marido y para no seguir aguantando las miradas torvas de los vecinos, tantos años amables y luego, de repente, lo contrario; ni tener que pasar cada día por delante de las pintadas en las paredes y ver aquella en el quiosco de la plaza, una de las últimas, la de la diana encima del nombre del difunto, que fue ponerla y a los pocos días, adiós.

En realidad, los hijos la llevaron engañada a San Sebastián. ¡Jesús, María y José, una tercera planta! Ella que estaba acostumbrada a vivir en un primero.

—Bueno, *ama*, pero con ascensor.

Nerea y Xabier acordaron sacarla del pueblo a toda costa, de su pueblo de siempre, donde ella había nacido, donde la bautizaron y se casó, y dificultarle después el regreso, incluso impedirselo con suavidad.

Total, que instalaron a Bittori en un piso con balcón desde el que se podía divisar el mar. La familia llevaba un tiempo tratando de venderlo. Lo tenían anunciado en el periódico. Ya habían llamado por teléfono varias personas interesadas en adquirirlo o al menos en conocer el precio. El Txato lo había comprado meses antes de que lo mataran, pensando en disponer de un refugio fuera del pueblo.

En el piso había lámparas y unos pocos muebles. A Bittori sus hijos le dijeron que se instalaría allí provisionalmente. Le hablabas y no se enteraba. Estaba como ida. Apática. Ella, que era de suyo tan

habladora. Pues ahora como una estatua. Si hasta parecía que se le estuviera olvidando parpadear.

Xabier y un compañero del hospital le fueron trayendo algunos enseres. Iban al pueblo con la furgoneta a última hora de la tarde, ya oscurecido, para no llamar demasiado la atención. Hicieron como una docena de viajes, siempre después de la puesta del sol. Un día cargaban esto; la vez siguiente cargaban lo otro. Tampoco es que hubiera mucho espacio en el vehículo.

La cama matrimonial la dejaron en la casa del pueblo porque Bittori, sin su marido, se negaba a dormir en ella. Pero, en fin, sacaron bastantes pertenencias: vajilla, la alfombra del comedor, la lavadora. Y en esto, un día entre semana, los insultaron mientras cargaban unos bultos. La típica cuadrilla, antiguos conocidos de Xabier, algunos compañeros del colegio. Uno, mordiendo con rabia las palabras, dijo en voz alta que se había aprendido de memoria el número de la matrícula.

Por el camino de vuelta a San Sebastián, Xabier se dio cuenta de que a su amigo le estaba dando una especie de ataque de ansia y que, como siguiera conduciendo en aquel estado, ya con un amago de convulsiones, iban a tener un accidente. Así que lo convenció para que parase el coche en un costado de la carretera.

El amigo:

—No te puedo acompañar otro día. Lo siento.

—Tranquilo.

—Lo siento, de verdad. Lo siento.

—Ya no hace falta volver. Se acabó la mudanza. Mi madre tiene suficiente con lo que le hemos llevado hasta ahora.

—¿Me entiendes, Xabier?

—Sí, claro. No te preocupes.

Pasó un año, pasó otro, pasaron más. Y, entretanto, Bittori se hizo a escondidas una llave de la casa del pueblo porque tonta no es. ¿Y eso? Primero Nerea; a los pocos días, Xabier. *Ama*, ¿la llave? Tú tienes una. No, es que. Conchabados. Dijo a cada uno que no sabía dónde la había puesto, ¡esta cabeza mía!, que ya iba a mirar, y por fin,

al cabo de unos días, hizo como que la había encontrado después de mucho buscar; pero, claro, para entonces ya había mandado confeccionar una copia en la ferretería. La llave vieja se la prestó a Nerea, que de vez en cuando (¿una, dos veces al año?) iba a echar un vistazo al piso y a quitar el polvo, y después su hija no se la devolvió ni Bittori esperó nunca que se la devolviera.

En otra ocasión, Nerea sugirió la posibilidad de vender la casa del pueblo. Y lo mismo propuso Xabier días después. Bittori se olió que estos dos se han puesto de acuerdo a mis espaldas. Conque ella misma sacó el tema no bien estuvieron los tres juntos.

—Mientras yo viva, mi casa no se vende. Cuando me haya muerto, haced lo que os dé la gana.

No la contradijeron. Había hablado con una mueca dura y un destello de severidad en los ojos. Los hermanos intercambiaron una rápida mirada. No se volvió a hablar nunca más del asunto.

Y, sí, le dio por ir al pueblo de la manera más discreta posible, con frecuencia en días desapacibles de lluvia y viento, cuando es más probable que las calles estén vacías, también cuando sus hijos estaban ocupados o de viaje. Luego, a lo mejor, pasaba siete u ocho meses sin volver. Se apeaba del autobús a las afueras del pueblo. Para no tener que hablar con nadie. Para que no la vieran. Subía por calles poco transitadas hasta su antigua casa. Allí pasaba una hora o dos, a veces más, mirando fotos, esperando que en la campana de la iglesia sonara una hora determinada, y tras cerciorarse de que no había gente en las inmediaciones del portal, se marchaba por donde había venido.

Al cementerio no iba nunca. ¿Para qué? Al Txato lo habían enterrado en San Sebastián, no en el pueblo, a pesar de que allí descansan los abuelos paternos en un panteón de la familia; pero es que no pudo ser, se lo desaconsejaron vivamente, si lo entierras en el pueblo atacarán la tumba, no sería la primera vez que ocurre algo parecido.

Bittori, en el cementerio de Polloe, durante la ceremonia del sepelio, le susurró a Xabier una cosa que este nunca ha olvidado. ¿Qué cosa? Pues que le parecía que, más que enterrar al Txato, lo estaban escondiendo.

6

Txato, *entzun*

Mira que es lento el autobús. Demasiadas paradas. Hala, otra. Las dos mujeres, con estas y aquellas características físicas, iban sentadas una al lado de la otra. Volvían a última hora de la tarde al pueblo. Se hablaban a la vez, sin escucharse. Cada una a lo suyo, pero se entendían. Y en esto la que estaba sentada junto al pasillo le dio con disimulo un codazo leve a la que estaba sentada junto a la ventanilla. Atraída su atención, señaló mediante una rápida sacudida del cuello hacia la parte delantera del autobús.

En susurros:

—La del abrigo oscuro.

—¿Quién es?

—No me digas que no la reconoces.

—Sólo le veo la espalda.

—La de Txato.

—¿El que mataron? ¡Qué mayor está!

—Los años pasan, ¿qué te crees?

Guardaron silencio. El autobús continuó su viaje. Subían y bajaban pasajeros, y las dos mujeres callaban mirando a ningún lado. Luego una de ellas, en voz baja, dijo que pobre mujer.

—¿Pues?

—Lo que habrá sufrido.

—Todos sufrimos.

—Sí, pero esta lo ha tenido que pasar muy mal.

—El conflicto, Pili, el conflicto.

—No, si no digo que no.

Y al rato, la que no se llamaba Pili:



—¿Cuánto te juegas a que se baja en el polígono industrial?

Apartaron la vista no bien Bittori se puso de pie. Fue la única en bajarse.

—¿Qué te he dicho?

—¿Y cómo lo has adivinado?

—Se baja ahí para que nadie la vea y luego, tiqui tiqui, se va callandito para su casa.

El autobús reanudó la marcha y Bittori, ¿se creerán que no las he visto?, echó a andar en la misma dirección por aquella zona de fábricas y talleres; el gesto, no altivo, eso no, pero serio; los labios apretados, la cara levantada porque yo no tengo que esconderme de nadie.

El pueblo, su pueblo. Ya casi de noche. Las ventanas encendidas, el olor vegetal de los campos circundantes, pocos transeúntes por la calle. Y cruzó el puente con las solapas del abrigo levantadas y vio el río manso con sus huertas en el borde. Nada más meterse entre las casas le vino como una dificultad de respirar. ¿Un ahogo? No exactamente. Es una mano invisible que le aprieta la garganta cada vez que ella vuelve al pueblo. Subía por la acera ni deprisa ni despacio, reconociendo detalles: en ese portal se me declaró por vez primera un chaval; extrañada por las novedades: estas farolas no me suenan.

No tardó en llegarle por detrás un murmullo. Como una mosca que hubiese zumbado desde el aire próximo a una ventana o desde la oscuridad de un portal. Apenas un rumor terminado en *ato*. Y eso le bastó para adivinar la frase entera. Quizá debería haber venido más tarde, cuando estuviese la gente recogida. Con el último autobús. Estás tú buena, ¿y la vuelta? Pues me quedo a dormir aquí. Tengo casa y tengo cama.

Delante de la puerta del Pagoeta se apretaba un grupo de fumadores. A Bittori la tentó esquivarlos. ¿Cómo? Volviendo sobre sus pasos y bordeando la iglesia por la otra parte. Se detuvo un instante, se avergonzó de haberse detenido. Conque siguió caminando por el centro de la calle con naturalidad forzada. Y el corazón le golpeaba con tal fuerza que temió por un momento que aquellos hombres pudieran oír sus latidos.

Pasó junto a ellos sin dirigirles la mirada. Cuatro o cinco con el vaso en una mano y el cigarrillo en la otra. La debieron de reconocer cuando estaba cerca, pues se produjo entonces un silencio repentino. Uno, dos, tres segundos. Y reanudaron la conversación tan pronto como Bittori alcanzó el final de la calle.

Su casa con las persianas bajadas. En la parte inferior de la fachada podían verse dos carteles. Uno, de aspecto reciente, que anunciaba un concierto en San Sebastián y otro, descolorido, roto en tiras, del Gran Circo Mundial, justo donde una mañana apareció una de tantas pintadas: TXATO ENTZUN PIM PAM PUM.

Bittori entró en el portal y fue como entrar en el pasado. La lámpara de toda la vida, los viejos peldaños crujientes, la línea de buzones desvencijados en la que faltaba el suyo. Lo desmontó en su día Xabier. Dijo que para evitar problemas. Al retirarlo asomó un cuadrado del color que tuvieron las paredes hacía mucho tiempo, cuando Nerea aún no había nacido ni tampoco el hijo de la Miren, ese sinvergüenza. Y es lo único para lo que yo quiero que haya infierno, para que los asesinos continúen cumpliendo allí su condena eterna.

Aspiró el olor a madera vieja, a aire fresco y encerrado. Y por fin notó que la mano invisible le soltaba la garganta. Llave, cerradura: entró. De nuevo se topó con Xabier, mucho más joven, en el pasillo, diciéndole con ojos llorosos aquello de *ama*, no dejemos que el odio amargue nuestras vidas, nos haga pequeños, o algo por el estilo, ya no lo recordaba con exactitud. Y su despecho en aquel mismo lugar, hace ya tantos años:

—Ah, pues nada, vamos a cantar y bailar.

—Por favor, *ama*, no abras más la herida. Tenemos que hacer un esfuerzo para que todo esto que ha pasado...

Lo interrumpió.

—Perdona, que nos han hecho.

—Que todo esto no nos haga malas personas.

Palabras. No hay manera de quitárselas de encima. No le dejan a una estar verdaderamente sola. Plaga de bichos molestos, oye. Debería abrir las ventanas de par en par para que salgan a la calle las pala-

bras, los lamentos, las viejas conversaciones tristes atrapadas entre los tabiques del piso deshabitado.

—Txato, Txatito, ¿qué quieres para cenar?

El Txato medio sonreía en la foto de la pared con su cara de hombre asesnable. No había más que mirarlo para darse cuenta de que alguna vez lo matarían. Y qué orejas. Bittori puso un beso en las yemas del corazón y el índice unidos, y después lo depositó con suavidad en la cara en blanco y negro del retrato.

—Huevos fritos con jamón. Te conozco como si vivieras.

Abrió el grifo del cuarto de baño. Pues sí, salía agua y no tan turbia como ella se había imaginado. Abrió cajones, sopló el polvo adherido a algunos muebles y objetos, hizo esto, hizo lo otro, fue aquí, fue allá, y como a las diez y media de la noche levantó la persiana del dormitorio matrimonial lo justo para que la luz del interior se filtrara hacia la calle. Hizo lo mismo con la persiana de la habitación contigua, pero aquí no encendió la lámpara. A continuación trajo de la cocina una silla y se sentó a mirar por las rendijas, completamente a oscuras para evitar que su silueta se recortase en la claridad.

Y pasaron varios chavales. Gente suelta. Un chico y una chica que subían discutiendo, y él trataba de besarla y ella se resistía. Un anciano con un perro. Estaba segura de que tarde o temprano vería ante la casa a uno de ellos. ¿Y tú cómo lo sabes? No te lo puedo explicar, Txato. Intuición femenina.

¿Que si se cumplió el augurio? Pues sí, se cumplió, si bien Bittori tuvo que esperar un largo rato. Campaneaban las once en la torre de la iglesia. Lo reconoció al instante. La boina ladeada, el jersey por los hombros con las mangas anudadas sobre el pecho, unos cuantos puerros apretados bajo el sobaco. ¿Así que todavía cuida la huerta? Y como se había parado en el área de luz de la farola, le pudo ver la mueca entre incrédula y asombrada. Un segundo sólo, no más; después echó a andar como si le hubieran clavado una aguja en el trasero.

—¿Qué te decía yo? Ahora le contará a su mujer que ha visto luz aquí. Ella le dirá: tú has bebido. Pero le picará la curiosidad y vendrá a salir de dudas. Txato, ¿qué te apuestas?

Patria

Dieron las doce. No te impacientes. Ya verás como viene. Y vino, claro que vino, casi a las doce y media. Se detuvo apenas un instante a la luz de la farola, mirando a la ventana ni con incredulidad ni con sorpresa, sino más bien con las cejas enfadadas, y enseguida volvió por donde había venido, pisando con fuerza el suelo, y se perdió en la oscuridad.

—Hay que reconocer que se conserva bien.

